Revista de Letras

| 2016

Agua y Cultura

| Prólogo de Juan Vico | Textos de Albert Lladó

con el patrocinio de: AQUAE FUNDACIÓN

REVISTA DE LETRAS 2016

El agua en la literatura contemporánea

Fundación Aquae y la publicación digital Revista de Letras iniciaron una colaboración en 2016 para dar a conocer a la ciudadanía la relación existente entre el agua y la literatura.

A través de reportajes narrativos, firmados por Albert Lladó, editor de la revista, todos los meses ofrecemos a los seguidores de ambas entidades un contenido de calidad que nos descubre una vinculación siempre interesante, entre el agua y las letras.

Recogemos en este dossier todos los reportajes publicados en 2016 en la sección "Agua y cultura" de la revista, invitando a nuestros seguidores a descubrir la importancia del agua como elemento narrativo.

| Foto: Pexels

PRÓLOGO

Contar el agua

El agua y el lenguaje remiten como ninguna otra cosa a la idea de origen. Sin agua no hay vida, nos dicen los científicos. En el principio fue el verbo, nos dice la tradición. El agua es el fundamento de la vida, el lenguaje es el fundamento de nuestra idea de la vida. El agua es una fórmula química, pero también una metáfora. El agua, como la poesía, adopta múltiples formas y las rehúye todas, pasa de un estado físico a otro como pasan las palabras, los sonidos y las imágenes a través de nuestros estados de ánimo.

¿Cómo contar, pues, el agua?

Aprendiendo, quizás, que todas las aguas son la misma agua.

Ulises divisa a Moby Dick desde la extranjera playa de Camus. Arthur Gordon Pym se transmuta en el viejo marinero de Coleridge a bordo del barco ebrio de Rimbaud. El albatros de Baudelaire ve romper las olas junto al faro de Virginia Woolf. El río argentino de Oliveira recorre París para que Paul Celan se lance desde el puente Mirabeau de Apollinaire. La lluvia de Saint-John Perse riega con parsimonia la isla de Morel. Los torrentes de Heráclito desembocan en los mares del sur de Jack London, y el dulce Támesis de T. S. Eliot en el golfo de Siam surcado por Conrad.

La brisa marina de Debussy rachea por entre las aguas de marzo de Jobim. Ravel juega a reflejarse en las gotas de lluvia de Burt Bacharach. Los Beach Boys silban con insolencia la música acuática de Haendel. El hombre del río de Nick Drake se empeña en atravesar el Moldava de Smetana. Trenet se baña en la playa donde Brassens suplica ser enterrado.

Las marinas de Rembrandt se disuelven en las tempestades de Turner. La casta Susana de Tintoretto cubre su cuerpo junto a la fuente de Tinguely y Saint Phalle. El Narciso de Caravaggio compite a empujones con los niños remojados de Sorolla. El viejo aguador de Velázquez lanza su cántaro a la laguna Estigia de Patinir. La venus de Bouguereau emerge entre dos barcas de Canaletto mientras la gran ola de Hokusai hunde la balsa de Géricault.

La lluvia de *Stalker* es la misma que la de Gene Kelly, la de *Los siete samuráis*, la de *Freaks*. *El río* de Renoir transcurre frente a la mirada atónita

| Foto: Pexels

de Nanook, y Pauline no puede dejar de contemplar a Tadzio mientras chapotea. *El manantial de la doncella* comparte corrientes subterráneas con el surtidor retrofuturista de *Mon oncle*, con la fontana de Anita Ekberg. El agua palmoteada por el niño salvaje de Truffaut salpica eternamente los fotogramas de *L'Atalante*.

Ahora bien, ¿cuál es el origen común de todos estos discursos? ¿Hasta dónde rastrear el impulso que nos empuja a narrar los mares, cantar los ríos, pintar los lagos, filmar las tormentas?

Bachelard nos da una pista:

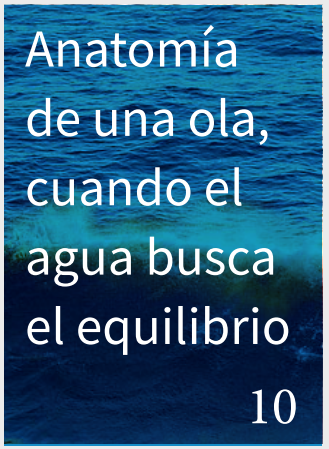
Antes de ser un espectáculo consciente, todo paisaje es una experiencia onírica [...]. Para ciertos soñadores, el agua es el movimiento nuevo que nos invita a un viaje nunca realizado.

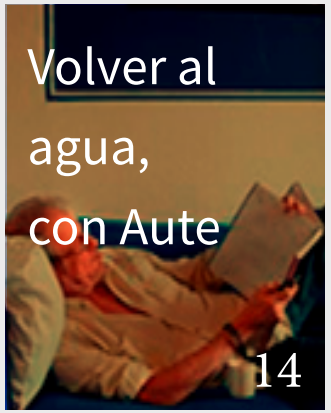
Los sueños: las misteriosas fuentes de ese Nilo al que llamamos *cultura*. Porque a qué, sino a los sueños, cabe achacar la fascinación que nos producen las sombras en la piscina de *La mujer pantera*, el solitario monje frente al mar de Caspar David Friedrich, el fluctuante *Aquarium* de Saint-Saëns, las fantasías acuáticas de Julio Verne.

| Foto: Pexels

Índice de publicaciones

La piel del agua 6


Anatomía de una ola, cuando el agua busca el equilibrio 10


Volver al agua, con Aute 14

Esto es agua 18

Silencio y asombro 21

Caminar el invierno 25

Si un árbol cae 8

El verde laberinto de la escritura 12

Hermano de hielo 16

La atracción fatal de las gotas 23

MARZO

La piel del agua

Estamos en 1982. Una noche de septiembre. Un joven arquitecto técnico, profesor de geometría, se ha atrevido a estrenar en el Fira de Tàrrega un espectáculo basado en los movimientos de las pompas de jabón. Pep Bou ha participado en el efervescente movimiento parateatral que tiene lugar en Barcelona a finales de los años setenta. Incluso, ha llegado a fundar alguna pequeña compañía, como Pal de Ral, y se ha interesado especialmente por el mundo del mimo. Pero sus amigos no entienden que su primera obra en solitario, Bufaplanetes, beba de una técnica asociada hasta entonces al público infantil. Por eso está tan nervioso antes de salir a escena.

– Tienes el elemento poético por excelencia. No lo abandones.

La voz es la de un hombre del público que ha permanecido, maravillado, en la primera fila durante ese primera actuación. Aunque mantiene mirada de niño, no lo es. Tiene sesenta y tres años y se llama Joan Brossa. El poeta se acerca a Bou, le abraza, y le invita a cenar una semana después. Pronto describirá como nadie el trabajo de este domador de burbujas. Lo que hace, en palabras del escritor catalán, es "poetizar la efectividad del juego", en "una alentada lírica que los relojes no aciertan a vigilar".

– No lo abandones.

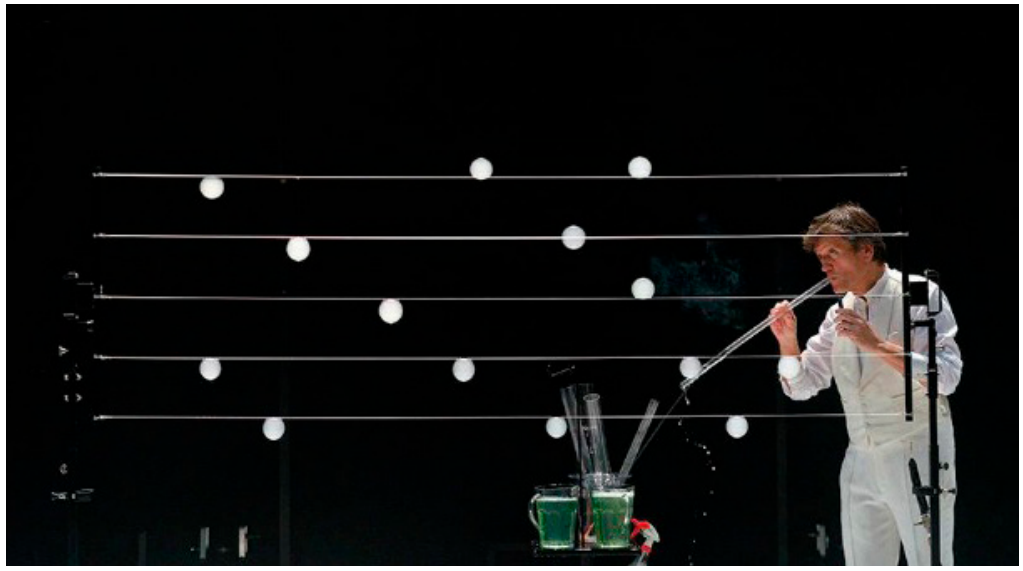
El arquitecto técnico elige entonces la burbuja poética frente a la burbuja inmobiliaria, a la que parecía destinado por su primera formación. Pero la construcción de espacios, aunque efímeros, es lo que ha ido realizando Pep Bou durante más de treinta años de carrera. En 2009, mira atrás y presenta Rebufaplanetes, una mirada retrospectiva a esa trayectoria basada en el ensayo y el error, la insistencia en lo lúdico y la constante investigación.

Estamos ahora en 2016. Una tarde de marzo. En los camerinos del Teatre Romea, Pep Bou reflexiona, mientras va haciendo sus mezclas en un recipiente de plástico, sobre su relación con el agua. Vive del riesgo del directo. Busca incesantemente el misterio y el hechizo. Pone a prueba la condición imprevisible de los materiales. Sabe muy bien que la belleza de lo que hace radica, además de en la música y en la luz, en la fragilidad de su propuesta. Pero todo está más conectado de lo que podía parecer al principio. Ahora es más fácil darse cuenta.

– La naturaleza está llena de geometría, si te fijas en cómo el agua y el jabón construyen volúmenes... Cómo se juntan y se separan... Siempre he querido hacer un experimento vivo. Que el público sea testigo de la metamorfosis. –nos cuenta, mientras besa una burbuja que intenta huir hacia el techo.

La curiosidad de Bou le ha servido para unir cultura y naturaleza, ciencia y teatro. Con Jorge Wagensberg estrenó en 2010 Bereshit, un viaje hacia la historia del cosmos a partir de la primera palabra que leemos en la Biblia (y que suele traducirse como "en el comienzo"). Hoy ambos trabajan en La pell de l'aigua. El investigador le propuso ese título porque "el agua tiene piel". Por eso, asegura, "un cuerpo más denso que el agua puede flotar sin mojarse". Por eso, también, una gota puede descansar sobre una hoja. O por eso la pompa refleja, compone y descompone la luz que intenta atravesarla. Si explota, la burbuja ("la realidad es redonda") se convierte en mil partículas de agua. Somos agua. Somos inestabilidad.

Pep Bou | Foto: David Ruano



– Siempre me llevo el agua de mi casa. – admite, Bou.

Este taumaturgo, que mantiene un espectáculo estable desde hace una década en Port Aventura (Bubblebou), vive en el campo. Allí tiene un pozo del que extrae el agua con el que trabaja. Es su materia prima y ha aprendido a establecer con ella una relación de complicidad difícil de explicar. Si tiene que viajar a algún país donde no dejan entrar líquidos (a veces transporta más de una tonelada), pide al teatro que le envíe los minerales que tiene el agua con el que deberá enfrentarse. Contra más pura y menos tratada, mejor. Si tiene mucho cloro, habrá problemas. Cuando llegue a la sala, quedará prohibido cualquier elemento que distorsione el contexto. Ni perfumes, ni ambientadores, ni aire acondicionado, ni nada que pueda resecar el local.

– La humedad también es agua, agua en el ambiente.

Pep Bou suele llegar a la sala doce horas antes de la función. La burbuja es diferente cada vez. En los últimos años se ha preocupado especialmente por el uso del vapor y del helio. No sólo le importa alargar la vida de la pompa, sino aplicarle diversos movimientos. Es un titiritero de lo esférico. En su caso, la mezcla de arte y oficio es constante, imprescindible. En su obra Bombollavà, de 2013, un alquimista abandona el aburrido laboratorio para arriesgarse en la intemperie. Él es su propio personaje.

Decimos que el agua es el elixir de la vida. Lo cierto es que a Bou le ha permitido viajar por los seis continentes. Cada público es un mundo. Si las culturas mediterráneas muestran su asombro con la exclamación, los indígenas, ante los que ha actuado en Latinoamérica, guardan "un silencio que se mastica". Diferentes códigos que intentan representar la fascinación ante lo desconocido.

En 1982 y en 2016. En Tàrrega, Barcelona o Tokio. Estamos ante un registro universal. Hace años, en un late show de la cadena italiana RAI, coinciden Pep Bou y Marcello Mastroianni. Ya en el camerino, el actor italiano charla con unos jóvenes. Cuando le piden consejo, el protagonista de La Dolce Vita les dice:

– ¿Veis a este hombre? Él ha creado su propio lenguaje. La vida consiste en eso.

– No lo abandones. -hubiese añadido Joan Brossa.

Mastroianni abre una botella de champán. E invita a Pep Bou a dejarse seducir por el comportamiento de las burbujas. Siempre imprevisibles.

Bou ensayando en el Romea | Foto: Albert Lladó

ABRIL

Si un árbol cae

También las palabras, como los árboles, parecen hablarnos desde sus raíces más escondidas. Isabel Núñez vivió en la calle Herzegovina de Barcelona cuando tenía 18 años. Poco podía imaginar entonces la escritora que décadas más tarde dedicaría un ensayo a la guerra de los Balcanes, conversando con algunos de los intelectuales más destacados de la zona. Durante una de sus entrevistas, el poeta y crítico literario Marko Vesovic le ofreció, sin saberlo, el título del libro.

– ¿Ve ese árbol? Si un árbol cae, nadie lo ve, no cambia la vida de los árboles.

Eso le dijo Vesovic a un periodista. El escritor le narró la anécdota a la autora catalana para que visualizara cómo era la vida de los individuos en Sarajevo durante el asedio.

Isabel Núñez entendió que ya sabía cómo llamar a la investigación que le había llevado años de trabajo. Fue en la presentación de ese libro, Si un árbol cae, donde la conocí. Era la primera tertulia que Biblioteques de Barcelona me había encargado dinamizar, en la Francesca Bonnemaison. Estaba nervioso. Era un tema que no controlaba y no conocía bien a la autora. Pronto esa mujer supo trasmitirme una fuerza y una sensibilidad que aún hoy me conmueven.

Luego intercambiamos correos electrónicos y la invité al plató de La Vanguardia a que leyera un fragmento de una novela inédita. Entonces fue publicada por Ediciones Alfabia en 2013. Tan sólo unos meses antes, en noviembre de 2012, Bel (como le llamaban los amigos) había fallecido a causa de un cáncer.

La historia de Isabel Núñez va asociada, inseparablemente, a la belleza y a la resistencia. Primero en la lucha contra el franquismo -Teresa era su nombre en la clandestinidad, según recuerda el antropólogo Manuel Delgado-, y luego, mucho después, en una batalla para salvar un árbol centenario que se convirtió en todo un símbolo de una ciudad abocada a la especulación inmobiliaria.

Núñez se enteró que en su calle, Arimón con esquina Berlinès, una constructora estaba derribando una casa antigua. En el jardín había un árbol esplendoroso, rodeado de escombros, que iban a talar con total seguridad. La escritora consiguió movilizar a los vecinos, a expertos e intelectuales, y libró una campaña llena de altibajos hasta que el Ayuntamiento -que incluso se burlaba de ella en los plenos municipales- tuvo que catalogar el azufaifo (ginjoler, en catalán) como una ejemplar único en Europa y dedicarle un espacio, aunque pequeño, para evitar su desaparición.

Isabel Núñez entendió que ya sabía cómo llamar a la investigación que le había llevado años de trabajo. Fue en la presentación de ese libro, Si un árbol cae, donde la conocí. Era la primera

De esa obstinación por no resignarse a los designios del urbanismo descontrolado, la autora fue dando testimonio en su blog Crucigramas. Luego, la historia -que duró prácticamente un año- la recogió en un hermoso libro, editado en 2008 por Melusina, que llamó La plaza del azufaifo.

– Barcelona es ahora un amor irreparable, hundido en la exageración de una escritura que de un pequeño malestar grave creó un azufaifo, un libro, el aire, el viento que esta tarde graba en el árbol los rasgos del abismo y el en abismo los gestos del árbol chino –escribe Enrique Vila-Matas en el prólogo.

Tales de Mileto | Ernst Wallis

tertulia que Biblioteques de Barcelona me había encargado dinamizar, en la Francesca Bonnemaison. Estaba nervioso. Era un tema que no controlaba y no conocía bien a la autora. Pronto esa mujer supo trasmitirme una fuerza y una sensibilidad que aún hoy me conmueven.

Luego intercambiamos correos electrónicos y la invité al plató de La Vanguardia a que leyera un fragmento de una novela inédita. Entonces fue publicada por Ediciones Alfabia en 2013. Tan sólo unos meses antes, en noviembre de 2012, Bel (como le llamaban los amigos) había fallecido a causa de un cáncer.

La historia de Isabel Núñez va asociada, inseparablemente, a la belleza y a la resistencia. Primero en la lucha contra el franquismo -Teresa era su nombre en la clandestinidad, según recuerda el antropólogo Manuel Delgado-, y luego, mucho después, en una batalla para salvar un árbol centenario que se convirtió en todo un símbolo de una ciudad abocada a la especulación inmobiliaria.

Núñez se enteró que en su calle, Arimón con esquina Berlinès, una constructora estaba derribando una casa antigua. En el jardín había un árbol esplendoroso, rodeado de escombros, que iban a talar con total seguridad. La escritora consiguió movilizar a los vecinos, a expertos e intelectuales, y libró una campaña llena de altibajos hasta que el Ayuntamiento -que incluso se burlaba de ella en los plenos municipales- tuvo que catalogar el azufaifo (ginjoler, en catalán) como una ejemplar único

en Europa y dedicarle un espacio, aunque pequeño, para evitar su desaparición.

La escritora, siempre indomesticable (llega a recibir amenazas para que abandone su campaña), demostró que la empresa constructora había obtenido la licencia de obras con falsos informes, y que el consistorio ni siquiera había comprobado la edad ni el origen del árbol. Pero no se quedó ahí. Consciente de que un árbol de esas características necesita estar bien hidratado, combatió, además de su tala, su traslado, que hubiese supuesto su muerte. Y fue más allá. Pidió todo el espacio posible para que las raíces del azufaifo pudieran almacenar el agua imprescindible.

– En el curso de su vida, un árbol centenario, desafiando a la gravedad, ha bebido del suelo a través de sus raíces y hasta su copa unas 2.500 toneladas de agua, para luego evaporarlas.

Son datos ofrecidos por el silvicultor Viktor Schauberger, argumentaciones que Isabel Núñez utiliza en su guerra para convencer a las instituciones. Cada árbol es, así, una columna de agua, una columna que continuamente abastece y recarga la atmósfera.

El último libro que Isabel Núñez pudo presentar, cuando la enfermedad ya asomaba, fue Mis postales de Barcelona, un recorrido (preciso y precioso) a través de sus paseos por la capital catalana donde vuelve a compartir su pasión por los árboles. Cuando habla de la plaza del Nord, nos dice: "Un pino maravilloso y robusto convive con las femeninas acacias y multiplica el aire, la sombra y los pájaros". En esas páginas visita uno de sus sitios favoritos, el Umbracle que se encuentra en el parque de la Ciutadella. "Cada uno de nosotros, escritores, sostiene un forcejeo particular con su ciudad: lo que le quitan, lo que le falta, lo que adora, la memoria obsesiva, y también, para mí, la nostalgia de lo que fui", escribe.

Su amigo Javier Mariscal, en el prólogo de ese libro donde la autora ejerce de flaneur, dice que la Barcelona de Isabel Núñez es una Barcelona todavía inacabada. "Con muchos agujeros por rellenar, solares donde aún quedaban huertas y avenidas que te llevaban al infinito, lejos, al más allá".

Isabel Núñez | Foto: Triangle Postals

Toda la escritura de Isabel Núñez remite, de alguna u otra forma, a su infancia. Y a las palabras, que siempre permanecen con su misterio encerrado. Ella no sabía al principio que ese árbol viejo e imponente, de corteza negra, se llamaba azufaifo. Y tampoco sabía, a los cinco años, que los frutos rojos que encontraba en Figueres, tras una tapia prohibida, se llamaban azufaifas.

– Aún recuerdo la luz del huerto y el olor y vagamente el sabor de aquella especie de cerezas gigantes –apunta.

Hemos dicho que literatura y vida, que cultura y naturaleza, no pueden separarse en el caso de Núñez. Ella misma desprendía una suerte de extraña combinación, donde fragilidad y determinación no funcionaban como conceptos antagónicos, sino como ramas de una misma forma de belleza. La belleza de una dríada, ninfa protectora de los árboles.

'Si un árbol cae' | Alba

'Mis postales de Barcelona'

Sabemos desde Albert Camus que la victoria de la desobediencia es la libertad. Decir no es, muchas veces, decir un sí más rotundo, con más profundidad. Esa victoria la quisieron compartir muchos amigos el 16 de septiembre de 2007 durante una fiesta donde celebraban que el árbol se quedaba en el que era su único hogar. Por allí pasaron músicos y poetas como, entre muchos otros, Dante Bertini, Enric Casassas, Carles Hac Mor, Lídia Pujol, Lluís María Todó o Alfonso Vilallonga. Isabel Núñez cerraba el acto. Tras su breve intervención, alguien le tuvo que avisar desde el escenario:

– Oye, te están aplaudiendo a ti.

Hoy, en esta mañana silenciosa frente al azufaifo (ahora casi sin hojas), recuerdo que Isabel explicaba que lo primero que vio junto al viejo árbol (cuando bajó al darse cuenta de que el jardín se había convertido en un nido de escombros) fue una destartalada edición de Guerra y paz. Es en ese libro donde Tolstói nos advierte de que los grandes acontecimientos históricos son, en realidad, el resultado de muchos pequeños actos. Actos de indómita y delicada resistencia.

– Te estamos aplaudiendo a ti, Isabel.

Anatomía de una ola, cuando el agua busca el equilibrio

‘La gran ola de Kanagawa’, de Katsushika Hokusai

– La física cambió mi vida. Comprendí que el camino más corto entre dos puntos no es la línea recta.

Antonio Vega estudiaba Ciencias Físicas, además de Arquitectura, cuando el éxito de Nacha Pop le sorprendió. El compositor de La chica de ayer, fallecido en 2009, fue seguramente el mejor letrista de su generación. Algunas de sus enigmáticas canciones, interpretadas desde la más melancólica de todas las voces, responden a esa curiosidad por mirar lo que solemos llamar realidad desde otro lugar. Temas como Una décima de segundo, EP publicado en 1984, son buena muestra de ello:

“Y es que no hay nada mejor que imaginar,
la física es un placer.
Es que no hay nada mejor que formular,
escuchar y oír a la vez.
Mide el ángulo formado por ti y por mi,
es la solución a algo muy común aquí.”

“Una décima de segundo”

Hemos venido esta mañana luminosa con Adolfo Martín al espigón de la Barceloneta. Antes de llegar a las rocas, como si fuese una premonición en forma de ecuación, encontramos un grafiti. Leemos H2O.

– Anatomía de una ola es el mejor disco de Vega. –le digo a mi amigo, que, aunque también es músico, está a punto de licenciarse en Física en la UB.

Ahora ya sabe para qué le he convocado. Le pido que le explique a alguien de Letras, como yo, cómo se forman las olas, y qué hay de eso en la canción que llevo impresa en mi bolsillo.

Antonio Vega publicó ese disco en 1998, cuando ya hacía años que había decidido continuar su trayectoria en solitario. En la canción homónima, que cierra el álbum, hay muchas metáforas que el cantautor madrileño utiliza y a las que la ciencia también acude. “Al abrigo de una piel curtida”, por ejemplo.

– Se refiere a la tensión superficial. Eso es la piel del agua. Todo lo que caiga encima, y que no supere su fuerza, no penetrará. –nos cuenta Martín.

La tensión superficial explica por qué algunos insectos son capaces de caminar por encima del agua sin sumergirse. Cuando el viento “aprieta”, genera la primera perturbación y deforma esa capa. Tal y como nos advierte el principio de Arquímedes, “un cuerpo total o parcialmente sumergido en un fluido en reposo, recibe un empuje de abajo hacia arriba igual al peso del volumen del fluido que desaloja”. Aún no tenemos la ola, pero todo ha comenzado.

El agua, nos dice Martín, es una molécula dipolar. “Es como un bicho con cuatro patas”. En medio, tenemos el oxígeno, desde donde le salen los dos hidrógenos. Al otro lado, las otras dos patas: lo dos electrones. Eso también tiene que ver en cómo se forma una oscilación.

– Lo que quieren las moléculas es estar rodeadas de otras moléculas. Por eso la atracción entre las moléculas que están casi en la superficie, al no poder subir más, es más fuerte.

El agua quiere estar en equilibrio, a nivel plano. “El agua tiene masa, y tiene inercia”, nos explica. Por eso rebota para arriba y vuelve a bajar (Vega escribe: “Un inmenso océano que alguna vez lo maltratara, que nunca hundiera ni guiara”). Cuando se encuentra una molécula con otra, a través de los electrones y los hidrógenos (cargas positivas y negativas), se construye, así, un puente de hidrógeno gracias a la atracción electroestática.

– El agua va avanzando pero la tierra que hay debajo cada vez es menor, y la presión le obliga a elevarse. El agua ha de salir por algún sitio, no puede comprimirse.

Pero la costa no es un muro. Cuando rompe en la orilla, el agua combina su estado líquido con el gas del exterior.

– Por eso hay espuma.

Antonio Vega, entonces, reconoce: “En la cresta de qué ola dejé mi silla de montar”.

Las metáforas para narrar el fenómeno físico son esenciales para entender el mecanismo de la ola. Se forma el rizo y, finalmente, la ola regresa al mar gracias a la resaca. Puente, cresta, rizo y resaca...

‘La gran ola de Kanagawa’, de Katsushika Hokusai

Anatomia de una ola, cuando el agua busca el equilibrio | Albert Lladó

La primera ola se extiende, pero vuelve a bajar. Cuando se encuentra con la segunda ola es cuando se forma ese remolino tan característico.

– Una está desplazada para arriba, y la otra está de vuelta.

Adolfo Martín nos recuerda que hay dos movimientos: el de la oscilación de la onda generada -que es circular- y el de su propagación, cuando se dota de dirección y velocidad.

El viento, como hemos visto, es quien ha provocado esa primera fricción, que luego desencadenará en un arrastre (lo que los físicos llaman, también metafóricamente, "arrugas"). La gravedad hará el resto.

Los parámetros utilizados son la amplitud, la altura y la longitud. Si a la parte más alta de la ola le llamamos cresta, a la más profunda (de nuevo, un símil) la denominamos valle.

Incluso podríamos hablar de diferentes tipos de olas. Las "libres" prácticamente no avanzan. Como un derviche, giran sobre sí mismas casi en el mismo sitio. Las olas "de traslación" son las que acabarán estrelladas contra el litoral. Es lo que Antonio Vega traduce, en Anatomía de una ola, como "Línea fronteriza entre dos escenas".

"Una misma ola rompe en dos orillas", canta el madrileño. Y es que para el compositor, la observación de la naturaleza le sirve para profundizar en conceptos como ritmo, melodía o frecuencia. En una entrevista, confesaba:

– La música es física pura, unas magnitudes hertzianas que se combinan en un tiempo subdividido. Podrías llegar a construir una determinada armonía con sólo números.

– El mar se mueve como una sábana. – concluye Adolfo Martín.

Mientras, en este espigón barcelonés, un grupo de jubilados mira fijamente el misterio de las olas. Las que aún quedan por llegar.

Foto: Albert Lladó

Foto: Albert Lladó

JUNIO

El verde laberinto de la escritura

-El escritor es la rata que construye su propio laberinto antes de ponerse a escribir.

Son palabras de Jacques Roubaud, miembro destacado del OuLiPo, el grupo de experimentación literaria capaz de unir poética y matemáticas. Esa frase la pronuncia en una conferencia en Reus, a principios de los años noventa. Allí asiste como público un joven escritor. Màrius Serra (Barcelona, 1963) se acaba de dar cuenta de que su obsesión por los juegos de palabras está directamente relacionada con aquellas tardes en las que, saliendo del colegio Los Salesianos, saltaba la valla de los Jardines de Horta para merodear por su misterioso laberinto vegetal. El interés por resolver el enigma había comenzado a los doce años. Ahora todo encaja.

-Era la gran aventura, colarse en este extraño bosque... –recuerda el autor catalán.

Hoy, en una mañana de junio, cuando acaba de celebrarse el Día Mundial del Medio Ambiente, hemos vuelto al laberinto. Ya no hay que saltar vallas. El jardín, que se inauguró en 1808, es el más antiguo de Barcelona, y es un parque público desde 1971. La que fuera la antigua finca de la familia Desvalls, tiene más de nueve hectáreas y una vegetación sorprendente. Además de los setos de ciprés que, recortados a la perfección, forman el verde laberinto, distinguimos cedros de Himalaya, bojes, tilos, encinas, pinos, robles, hiedras, helechos y fresnos. Todo ello regado con múltiples fuentes que aportan el agua necesaria a este pequeño oasis.

Pero la de Roubaud no es la única revelación.

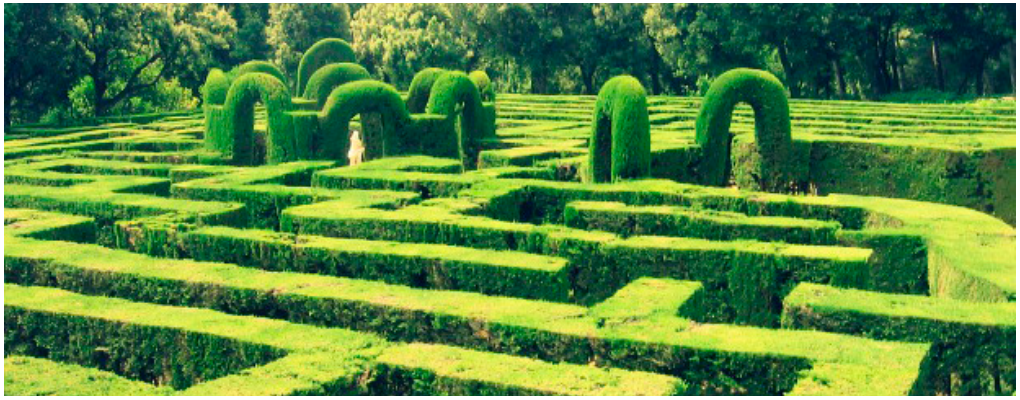
Màrius Serra lee el cuento Satarsa, que Julio Cortázar publicó, en 1982, en el libro Deshoras. Ahí el catalán entenderá que el palíndromo no es mera pirotécnica, sino que forma parte de la genética del relato.

-Como ahora lo de atar a la rata. –escribe el argentino.

Sigue leyendo Serra, y llega a otro auténtico deslumbramiento: "Atale, demoníaco Caín, o me delata". La frase, como se puede comprobar, puede ser leída, con idéntico resultado, empezando por ambos lados. La lengua nos permite trazar múltiples trayectos.

Nos sentamos justo en uno de los miradores desde donde se aprecia a vista de pájaro el laberinto de Horta. Unos adolescentes están realizando una yincana. Serra ha entrado cientos de veces, pero reconoce que todavía es capaz de perderse entre los pasillos.

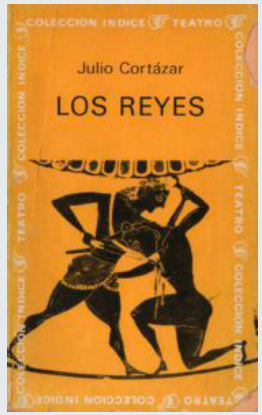
-Puedo estarme aún veinte minutos buscando la salida. Imagínate los que entran por primera vez. A veces tenemos que ayudarles desde aquí arriba a salir (ríe).



Laberinto de Horta | Foto: Wikipedia | Canaan

No es de extrañar que Serra vea en Cortázar a una suerte de cómplice. Rayuela (figura que podría ser un mándala o un laberinto, también) es una de las lecturas que más le impresionan. El autor argentino había publicado, en 1949, su primera obra firmada con su nombre real, Los reyes. ¿Adivinan de qué habla este poema dramático? Minotauro nos lo explica literalmente:

-Ariana mezcló sus dedos con los tuyos para darte el hilo. Ya ves, el hilo de agua se seca como todos. Ahora veo un mar sin agua, una ola verde y curva enteramente vacía de agua. Ahora veo solamente el laberinto, otra vez solamente el laberinto.



Tales de Mileto | Ernst Wallis

Agua y cultura,
periodismo narrativo | Albert Lladó

Màrius Serra ha sabido como pocos convertir su vocación en una forma de vida. Juego, comunicación y literatura han tejido su trayectoria desde sus inicios, y es una asiduo colaborador de prensa, además de un excelente traductor. De alguna manera el camino a seguir se lo traza Tísner, quien, a punto de jubilarse, le cede la sección diaria de crucigramas de La Vanguardia. Actualmente Serra ya ha publicado más de nueve mil, y ha adaptado el formato a la radio, donde tiene una célebre sección llamada Enigmàrius.

En 1991 publicó un Manual de enigmística. Nos explica que el enigma, que busca esconder, es fundamentalmente competitivo. El reto es saber quién tarda menos en resolverlo. Sin embargo, el juego de palabras, que puede responder a la retórica clásica o al simple chiste, tiene su foco en el deleite. El placer estético es su único objetivo. El laberinto, de alguna manera, une ambas cosas: supone un desafío concreto y, al mismo tiempo, está íntimamente relacionado con la idea de paseo.

Alguien que ha crecido entre laberintos, de vegetación y de palabras, necesita un país propio. Por eso, en 2002, se inventa Verbalia, un lugar en el que la comunidad se aproxima al idioma (actualmente, en catalán y en castellano) desde lo lúdico. "Y sin ley de extranjería", bromea.

El escritor catalán se interrogó por qué las personas creen en el azar en Farsa, por qué existe la fe en Mon oncle, y sobre los funcionamientos de la magia en L'home del sac. Y es que otro de los temas centrales en las obras de Màrius Serra es la oposición entre creencia y razón. Este jardín, una vez más, es el mejor ejemplo de esa tensión entre dos modelos. Se construyó como un parterre neoclásico, pero fue acabado con estética romántica.

El último libro de Serra, Res no és perfecte a Hawaii (pronto saldrá publicado en castellano), también disecciona los mecanismos de la certidumbre. Los turista creen en el paraíso de cartón-piedra que el resort les tiene preparado, y los amantes del New age de turno se convierten en adictos a los beneficios de la "hulaterapia", un tratamiento a partir de la danza polinesia. Con la larga sombra del capitán Cook, el protagonista, un joven periodista llamado Tom, deberá enfrentarse a los enigmas propios y a los del lugar en el que ha crecido.

La masificación que ha sufrido Hawái le ha servido a Màrius Serra -que ha viajado dos veces al archipiélago para documentarse- para sondear la relación entre cultura y naturaleza. El experto en enigmática observa los dos jardines que nos acogen, el neoclásico y el romántico, y duda:

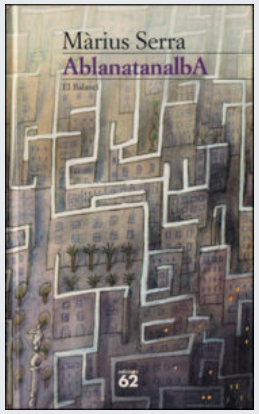
-¿Qué es más artificial? ¿Someter la naturaleza a un esquema simétrico o pretender fabricar lo salvaje?

La réplica se la dejamos a Cortázar que, en boca del citarista, también se interroga en Los reyes:

-Tú nos llenaste de gracia en los jardines sin llave, nos ayudaste a exceder la adolescencia temerosa que habíamos traído al laberinto. ¿Cómo danzar ahora?.

Màrius Serra vuelve al laberinto de Horta | Foto: Wikipedia y Albert Lladó

Poco antes había publicado la novela Ablanatanalba. Allí los protagonistas son dos gemelos (el tema del doble aparece muchas veces en sus propuestas literarias) que tienen una relación muy especial con el laberinto en el que nos encontramos. De hecho Màrius Serra convierte en personaje a un guía del recinto que existe en la realidad, Desideri Díez Quijano, quien también "ha acabado construyendo su propia patria" entre esos cipreses. En la novela también leemos cómo el lugar fue el sitio escogido por Adrià Gual para estrenar, en 1898, la Ifigenia en Táuride de Goethe, traducida por Joan Maragall. Más de un siglo después, en 2006, Tom Tykwer rodó una escena de El perfume.



Tales de Mileto | Ernst Wallis

JULIO

Volver al agua, con Aute

Es 2005. El editor de Pigmalión pide un texto a Luis Eduardo Aute que, de alguna manera, encierre la esencia de toda su escritura. Esos versos darán título a su Poesía completa, reunida en un único libro. Cinco años más tarde, cuando publica el álbum Intemperie, Volver al agua se convierte en canción. Consciente o inconscientemente el cantautor regresa una y otra vez al concepto de presocrático de arché, el principio del cosmos.

-Necesitaba volver a los orígenes que me motivaron a componer poemas, a aquella "matemática del espejo" que de alguna forma era la "matemática del agua".

En el poema que da título a toda su obra Aute habla de "la inaplazable sed / de volver al agua, de volver al agua... / al origen del mismo donde se fraguara". Parece una descripción de lo que nos advertía, veintisiete siglos atrás, el sabio de Mileto.

-Así es... Tales de Mileto, tal cual... Del agua venimos, no por evolución, sino por reflexión, y que Darwin me perdone. El agua es la fuente de toda vida, sin duda.

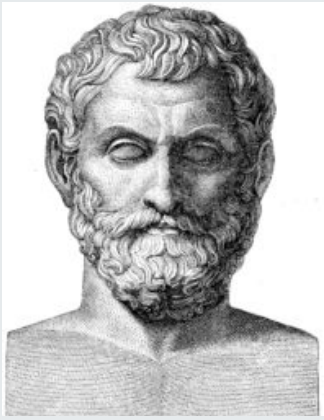
Es curioso que lo primero que nos diga Aute (y que está en su poema) es eso que denomina "matemáticas del espejo". El propio Tales de Mileto es, también, uno de los matemáticos más respetados de la época. El músico explica cómo esa idea ha recorrido todo su proceso de creación:

-Aunque las matemáticas son el exponente de la racionalidad más objetiva, no existirían sin la subjetividad del matemático que las "descubre" y las desarrolla. Sin la consciencia del "yo" nada existiría, ni siquiera la razón más empírica.

También Heráclito afirma que todo está en constante movimiento, que "no es posible descender dos veces al mismo río". Aute, a

El agua en calma es el espejo donde se produce el primer encuentro con la subjetividad a través de la "reflexión", nos dice Aute. Sin duda conoce a **Tales de Mileto**, político y astrónomo, considerado el primer filósofo de la Historia, y que ya en el siglo VI a.c. intuye lo que los científicos contemporáneos corroborarán después. Somos fundamentalmente agua. El cuerpo es agua (el 75% de nosotros lo es), no hay vida sin agua, y habitamos la Tierra gracias a la que la mayor parte está compuesta de agua (no se ha descubierto ningún otro planeta con vida porque, entre otras cosas, no han hallado suficiente cantidad de agua).

Tales es un gran observador. Sabe que todo de lo que se nutre es húmedo (las semillas, por ejemplo), y que el calor mismo nace de la humedad. Por eso habla de "principio". Principio de vida y de naturaleza. Todo viene del agua y todo retorna al agua. Lo dice alguien que vive junto al mar, y que no deja de preguntarse sobre los mecanismos que mueven el mundo.

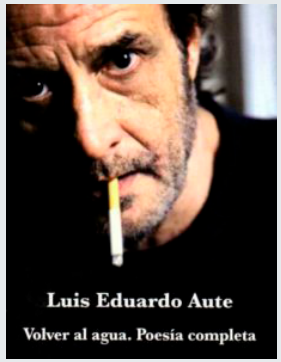


Tales de Mileto | Ernst Wallis

Volver al agua, con Aute | Albert Lladó

Luis Eduardo Aute | Fotos: Centroamérica cuenta | Mejía y Bendaña

En el poema Luis Eduardo Aute también hace referencia, hasta en tres ocasiones, al poder del fuego. Canta a "los fuegos ahogados", describe los "tiernos incendios de olas" y, al final, asegura que tendrá "que quemar, con lágrimas, todas las fotografías". Eso nos hace recordar a otro presocrático, Heráclito, que sitúa el fuego en el origen del universo. El músico lo conoce bien porque cuando lo mencionamos le llama por su apodo, "El oscuro" de Éfeso. Las reflexiones del pensador han sido una "fuente iniciática" para el autor de discos con nombres tan sugerentes como Aire, de 1998, Humo y azar, un directo de 2007, El niño que miraba el mar, de 2012, además de sus conocidos tres volúmenes de Autorretratos.



'Volver al agua'

su vez, escribe: "Es oro que baña los restos heroicos", conectando el fuego y el agua, de nuevo.

-Es un ciclo eterno de contradicciones: el fuego vaporiza al agua y ésta apaga el fuego, juntos se repelen, aunque se necesiten para crear la vida.

En el primer párrafo alude a "las liturgias del desorden". Otra vez los presocráticos asoman la cabeza, aunque sea sigilosamente. Y es que Anaximandro sitúa el arché en el áperion, que significa "aquello sin límites". El caos, y el desorden, son aquí el primer motor... Es Aute quien da voz a eso:

-Heráclito hablaba del "conflicto de contrarios", y Anaximandro de "la armonía de contrarios". Conflicto y armonía, armonía y conflicto en el principio de todo.

Y es que hemos insistido en nuestro diálogo con Aute y su poema en que el agua es el origen de los orígenes. De ahí la necesidad de volver. Pero el agua también representa el abismo, los "naufragios por venir", que el autor incorpora en el texto. No se trata, pues, de dar una visión cándida de la naturaleza. Ahí radica sus múltiples potencias:

-El agua da vida pero también mata.

Es verdad. Pero también abre puertas al deseo. Sus canciones están repletas de esa mirada. Como en su disco Espuma, una selección de canciones eróticas escritas en 1973. También allí hay muchas referencias al agua.

-Es cierto, aunque, la verdad, creo que muchas más a los fluidos del cuerpo... Y otras humedades.

Reímos. De hecho, será otro presocrático, Empédocles, quien concluirá que esos principios (agua y fuego, pero también aire y tierra) constituyen un mundo armónico sólo cuando son sometidos al movimiento del amor. Se vuelva o no, después, al mismo arroyo.

SEPTIEMBRE

Hermano de hielo

-El agua es la metáfora absoluta

Imma Ávalos (Gerona, 1982) creó, desde sus primeros proyectos expositivos, una identidad artística con el sello de Alicia Kopf. Bajo las resonancias de Lewis Carroll, el nombre responde a esa necesidad de cruzar un túnel horizontal, más profundo de lo esperado, que le lleve a la ficción. Licenciada en Bellas Artes y en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, la escritora ganó los premios Documenta y Llibreter por su primer novela, Germà de gel, que ahora publica en castellano Alpha Decay.

En el libro de relatos Maneres de (no) entrar a casa, de 2011, Alicia Kopf ya trabajó el imaginario del agua. En la portada vemos cómo la lluvia es el propio hogar desbordado, mostrando el estado de intemperie de toda una generación formada en la universidad y que se encuentra con una sociedad en crisis. La artista decidió, entonces, que había que seguir los rastros de sus obsesiones blancas, e utiliza la historia de los exploradores polares para construir una nueva épica de la resistencia.

Así nace el proyecto Àrticantàrtic, que le lleva a exponer Seal Sounds Under the Floor en la galería Joan Prats de Barcelona y, en la misma línea, muestra su Diario de Conquistas en La Capella. Pese a que comienza siempre por el dibujo, toda su obra es esencialmente narrativa. Por ello, Hermano de hielo supone la culminación de años de investigación.

Aunque han definido el libro como novela, la autora se refiere al texto de distintas formas. Es autoficción, una "psicogeografía personal", o una obra transgénero. Lo que está claro es que se trata de una voz que aparecerá siempre desde el yo literario. "Las narraciones en tercera persona son vallas de seguridad", llega a escribir. Afirma que no le interesa la verdad biográfica, "sino crear verdades ficcionales".

-Somos ladrones de la realidad. La diferencia entre un ladrón y un autor es que un autor roba de muchos, y el ladrón sólo de uno. -nos dice.

Hermano de hielo plasma la persecución de un enigma. ¿Cómo y para qué escribimos? La protagonista, una joven insegura, viaja a Islandia para entender las cicatrices de esas expediciones de principios del siglo XX. Comprende allí que el trayecto consistía, en realidad, en recorrer el hueso de una institución como la familia. El autismo del hermano, una vez más, constituye una metáfora de una sociedad en la que la comunicación parece haberse congelado.

Vemos pasar por la novela a Peary, Amundsen y Shackleton, héroes que se juegan la vida para descubrir un mundo que no promete nada más que el asombro y lo desconocido. No habrá recompensa económica. Nadie les estará

La artista frente a su obra | Foto cedida por la autora

esperando con collares de colores. Como al artista que decide, pese a las circunstancias adversas, ir tirando de un hilo que no es, ni mucho menos, el de Ariadna. Kopf reproduce, también, la inscripción situada donde Scott y su expedición murieron congelados. Es un fragmento del poema Ulisses, de Tennyson: "To strive, to seek, to find, and not to yield". O lo que es lo mismo: luchar, buscar, encontrar, y no ceder.

De nuevo, encontramos las alusiones a la propia investigación artística tras las capas de las conquistas pasadas. La escritora insistirá en que lo que le interesa no es el héroe que coloca la bandera, sino el que es capaz de avanzar entre el hielo.

"Es mucho más fácil llegar al Ártico que a ciertas regiones de uno mismo", escribe Kopf en Hermano de hielo. Pero si hay una palabra fundamental, una lupa, que recoge bien la esencia de su relato es Symsonia. Y es que las teorías de Symmes, que tanto inspiraron a Julio Verne, afirman que la Tierra está hueca y dividida en siete esferas habitables, unidas por un mismo hueco. Eso lo utiliza la narradora para, como si fuera una matrioska, situar los focos de la voz que nos interpela. La escritura, a partir

de ese momento, será "esa hacha con la que romper el mar helado que nos habita".

-Las metáforas me ayudan a crear patrones de vida. –nos explica Alicia Kopf.

Lo que está haciendo la escritora catalana a partir de las diferentes imágenes sobre el agua es, precisamente, superar la dicotomía entre héroe y anti-héroe. Cada uno lleva, con sus pequeñas miserias, su propia épica a cuestas. Y es, en efecto, la capacidad de resistir. "El agua que me rodea se escurre lentamente hacia mi interior. Me hincha", leemos. Continúa la introspección, su particular espeleología.

Kopf nos cuenta que en su próxima investigación (está justo ahora comenzando a trazar esbozos) el agua sigue siendo la protagonista. Ahora se va a centrar en la idea de "fluir", una metáfora que sirve a diferentes campos, tanto al artístico como, por ejemplo, al económico.

-El agua te permite proyectar sobre casi cualquier cosa. Es un elemento adaptable, donde sus moléculas se separan y se juntan, que siempre está cambiando de forma, y que posibilita la sublimación, que es lo que hacemos los artistas.

Esa idea de la sublimación (inversa) también está presenta en Hermano de hielo. La escritora acude al físico Ukichiro Nakaya, creador de la nieve artificial. "Al congelarse, la gota de agua se convierte en un cristal en forma de prisma hexagonal... Los seis brazos de un cristal de nieve reflejan el orden interno de las moléculas de agua", leemos. Lo curioso es que la propia hija de Nakaya, Fujico, adopta los hallazgos del padre para crear, desde el arte, espacios donde la geometría y las formas pierden su nombre.

Pero la literatura es el juego imposible de poner nombre a lo innombrable. Kopf lo sabe. Por eso dedica un capítulo a la oceanógrafa Pepita Castellví, quien, con una absoluta claridad, nos describe en qué consiste la investigación científica: El aprendizaje de una lengua con la que interpretar lo que la naturaleza nos está diciendo.

¿No es eso, también, lo que el escritor hace para intentar resolver su propia incógnita?

Hermano de hielo es, a la vez, la confrontación de lo macro con lo micro. Mientras Georges Simmel, en su Filosofía del paisaje, afirma que "el mar actúa por empatía hacia la vida, y los Alpes lo hacen por abstracción", Thoreau concluye que "los cristales, a pesar de su geometría fría, son emanaciones de un principio vital". Nos lo explica la autora, obsesionada también con los icebergs.

-Un lugar que puede parecer inhóspito, infértil, produce, sin embargo, formas de vida exuberantes, incluso voluptuosas.

Todo obra que no esté prefabricada de antemano nace y se alimenta de la contradicción. También con eso se encuentra la joven protagonista del libro. El agua, su mundo, se ha congelado. Vive en una suerte de bola de nieve con escasos movimientos. Parece que todo por dentro esté a punto de inundarse. Y, sin embargo, en las últimas páginas, cerca de Thingvallavatn, "el valle de la asamblea" donde los islandeses fundaron uno los primeros parlamentos del mundo, se da cuenta de que la cascada (la novela también es una cascada textual) crea sus propios muros de agua para apartarnos del peligro.

-Fui a ver cascadas hasta que aprendí que ese dejarse caer puede generar formas de seguridad.

La sublimación se traslada ahora, a través del dibujo y la palabra, a otra libreta de apuntes. El agua ya danza de nuevo entre las huellas que deja la intuición.

La artista frente a su obra | Foto cedida por la autora

SEPTIEMBRE

Esto es agua

El 21 de mayo de 2005 David Foster Wallace, autor de La broma infinita, fue el encargado de pronunciar el discurso de graduación del Kenyon College de Ohio. Hoy, gracias a la transcripción de esa brillante conferencia, y pese a que el autor se quitó la vida en 2008, podemos entrevistar a uno de los escritores más influyentes de las últimas décadas. Sus respuestas, literales, aún están llenas de electricidad. Esto, como él mismo concluye, es agua. Sí, esto es agua.

¿También usted nos hablará de los panes y los peces?

Si teméis que tenga planeado presentarme aquí como el pez sabio y viejo que explica lo que es el agua a vosotros, peces jóvenes, por favor, no temáis. No soy el pez sabio y viejo.

Pero sí que quiere contarnos una fábula. Adelante...

Hay dos peces jóvenes nadando y sucede que se encuentran con un pez más viejo que viene en sentido contrario y que les saluda con la cabeza y dice "Buenos días, chicos. ¿Cómo está el agua?" Y los dos peces jóvenes nadan un poco más y entonces uno de ellos se vuelve hacia el otro y dice "¿Qué diablos es el agua?".

De acuerdo, lo obvio es lo más difícil de comprender. ¿No es eso?

El hecho es que en las trincheras del día a día de la vida adulta, los lugares comunes insignificantes pueden tener una importancia de vida o muerte, o eso es lo que quiero que comprendáis en esta mañana despejada y hermosa.

Desde que usted decidió quitarse la vida, la Educación no ha mejorado substancialmente. Ni en Estados Unidos ni aquí.

Si sois como yo cuando era estudiante, os inclinaréis a sentiros un poco insultados por la afirmación de que necesitarais que alguien os enseñara cómo pensar.

¿Pero qué quiere decir saber pensar, señor Foster Wallace?

Tiene que ver con la selección de lo que pensamos. Si vuestra libertad total para elegir lo que pensáis parece demasiado obvia como para gastar el tiempo discutiéndola, os diría que pensarais sobre los peces y el agua, y que pusierais entre paréntesis durante algunos minutos vuestro escepticismo sobre la importancia de lo totalmente obvio.

Podemos elegir qué pensamos pero, de alguna manera, siempre seremos esclavos de nuestros propios miedos. Hemos visto en los últimos años cómo ha crecido la intolerancia hacia el otro.

El problema de los dogmáticos religiosos es exactamente el mismo que el del descreído de la historia: certidumbre ciega, una mente cerrada equiparable a una prisión tan absoluta que ni el prisionero sabe que está encerrado. Lo importante es que esto es un ejemplo de lo que pienso que realmente significa "Enseñarme cómo pensar". Ser sólo un poco menos arrogante. Tener sólo un poco de conciencia crítica sobre mí mismo y mis certidumbres. Porque un amplio porcentaje de las cosas sobre las que tiendo a estar automáticamente seguro resultan ser totalmente engañosas y erróneas.

David Foster Wallace | Foto: Pinterest

Nos creemos demasiadas veces el centro del universo. También esto que cuenta tiene que ver con la mirada.

El mundo tal como lo experimentas está ahí en frente TUYA o detrás de TI, a TU izquierda o derecha, en TU televisión o en TU monitor. Y así sucesivamente. Los pensamientos y sentimientos de los demás te tienen que ser comunicados de alguna manera, pero los tuyos propios son tan inmediatos, urgentes y reales...

¿Pero cómo desprenderse de los prejuicios? La cultura no garantizada nada, en este sentido.

Probablemente lo más peligroso de una educación universitaria es que autoriza mi tendencia a sobreintelectualizar las cosas, a perderme en razonamientos abstractos dentro de mi cabeza; en lugar de simplemente prestar atención a lo que sucede justo enfrente de mí, presto atención a lo que sucede en mi interior.

¿Y eso se puede enseñar y aprender?

Aprender cómo pensar significa realmente cómo ejercer control sobre cómo y qué piensas. Lo que significa ser lo bastante consciente para elegir a qué prestas atención y cómo construir significado desde la experiencia. Porque si no eres capaz de hacer este tipo de elección cuando eres adulto, estarás totalmente colgado.

Conseguirá que nos deprimamos. Ahora nos dirá que comeremos comida congelada el resto de nuestras vidas.

Habrá rutinas mucho más tristes, molestas y aparentemente sin sentido. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que justo en una pequeña y frustrante mierda como esta es donde aparece la oportunidad de elegir. Porque los atascos de tráfico y los pasillos atestados y las largas colas en las cajas me dan tiempo para pensar, y si no tomo una decisión consciente sobre cómo pensar y a qué prestar atención, voy a sentirme molesto y miserable todas las veces que tenga que ir de compras. Porque en mi configuración natural por defecto está la certeza de que situaciones así son exclusivamente mías. MI apetito y MI cansancio y MI deseo de llegar a casa ya, y va a parecerle a todo el mundo como si todos los demás se interpusieran en mi camino. ¿Y quién es toda esta gente que se interpone en mi camino? Y mira lo repulsivos que son la mayoría de ellos, y lo estúpidos y bovinos e insensibles e inhumanos que parecen en la cola de caja, o lo molesta y grosera que es

Cuando uno ya no está en el aula, cuando ha entrado en la inercia de la rueda del sistema, es más fácil olvidarse de todas estas cuestiones.

Resulta que hay un importante trozo de la vida que implica aburrimiento, rutina y pequeñas frustraciones. A modo de ejemplo, digamos que hoy es un día adulto ordinario, y te levantas por la mañana, y vas a tu puesto de trabajo absorbente, oficinesco y de licenciado universitario, y trabajas duro durante ocho o diez horas, y al final del día estás cansado y de algún modo estresado y lo único que quieres es irte a casa y tomar una buena cena y quizá relajarte durante una hora, y después irte a la cama temprano porque, por supuesto, tienes que levantarte al día siguiente y repetirlo todo otra vez. Pero entonces recuerdas que no hay comida en casa. No has tenido tiempo de hacer la compra esta semana por culpa de tu trabajo absorbente, por lo que ahora, después de trabajar, tienes que meterte en tu coche y conducir hasta el supermercado. Es el final de la jornada laboral y el tráfico es exactamente como tiene que ser: pésimo. Así que para ir a la tienda coges un camino más largo que el habitual, y cuando finalmente llegas el supermercado está atestado, porque naturalmente es el momento del día en el que todas las otras personas que también trabajan se apretujan intentando comprar algo en tiendas de comestibles. Y la tienda esta horriblemente iluminada y ambientada con un hilo musical aburridísimo o un pop corporativo y es de lejos el último lugar en el que quieres estar pero no puedes entrar y salir rápidamente; tienes que recorrer todos esos pasillos enormes, sobreiluminados y confusos para encontrar lo que necesitas y tienes que maniobrar con tu carrito de la compra a través de toda esa gente apresurada y cansada con carritos...

| Foto: Flash

esa gente que habla en voz alta por el teléfono móvil en medio de la cola. Y date cuenta de lo profunda y personalmente injusto que es todo esto.

Hay maneras totalmente diferentes de pensar incluso en la cola del supermercado.

Podréis escoger mirar de forma diferente a esa señora gorda, insensible y excesivamente maquillada que grita a su chico en la cola de la caja. Puede que ella no sea siempre así. Puede que haya estado tres noches enteras agarrando la mano de su marido agonizante de cáncer de huesos. O puede que esa señora sea la empleada con sueldo mínimo en el departamento de automóviles que justo ayer ayudó a vuestro cónyuge a resolver un trámite burocrático horrible y desesperante mediante un pequeño acto de bondad administrativa. Por supuesto, nada de esto es probable, pero tampoco es imposible. Sólo depende de cómo lo enfoquéis.

¿De verdad cree que eso nos hará más libres?

Es la libertad que otorga una educación real, aprender a ser equilibrado. Vosotros decidís conscientemente lo que tiene significado y lo que no. Vosotros decidís qué adorar.

¿Adoración, dice?

En las trincheras del día a día de la vida adulta, en realidad no hay nada parecido al ateísmo. No hay nada que no implique adoración. Todo el mundo adora. La única elección que hacemos es qué adorar. Y la razón irresistible por la que quizá elegimos alguna clase de dios o cosa de tipo espiritual que adorar —sea Jesucristo o Alá, sea Yavé o la Diosa Madre Wiccan, o las Cuatro Nobles Verdades, o algún conjunto inviolable de principios éticos— es que casi cualquier otra cosa que adores te comerá vivo. Si adoráis el dinero y las cosas materiales, si para vosotros están donde sentís el significado real de la vida, entonces nunca tendréis bastante, nunca sentiréis que tenéis bastante. Esa es la verdad. Adorad vuestro cuerpo y vuestra belleza y vuestro atractivo sexual y siempre os sentiréis feos. Y cuando el tiempo y la edad comiencen a mostrarse, moriréis un millón de muertes antes de que finalmente la sintáis.

David Foster Wallace | Foto: Flash

Pero no hemos definido, aún, qué es la libertad.

Naturalmente hay muchos tipos de libertad. El tipo realmente importante de libertad implica atención y consciencia y disciplina, y ser capaz de preocuparse verdaderamente por otras personas. Es inimaginablemente difícil hacerlo, estar alerta y vivo en el día a día del mundo adulto exterior.

¿Qué le respondemos, entonces, al pez?

Esto es agua. Esto es agua...

OCTUBRE

Silencio y asombro

Gina Pórtera (Barcelona, 1963) abandonará la ciudad, con 30 años, para trasladarse al Maresme, a un lugar en el que está, al mismo tiempo, cerca de la playa y del bosque. La decisión de la pintora está conectada profundamente con su experiencia artística. Toda su obra se verá reflejada por ese diálogo con la naturaleza.

-A través del agua puedo vehicular lo que percibo y siento. -reconoce la artista.

Nos dice, incluso, que así "puede nadar en superficie y ahondar en sus adentros". El agua es, pues, su constitución sensible. Y todo su trabajo, sea a través de la tela de grandes dimensiones o de los diferentes papeles que utiliza, se ve impregnado de esa proximidad con el elemento fundacional. También se ha interesado por la escultura y la fotografía. Y siempre está presente esa dicotomía entre un agua que todo lo calma, que nos lleva a un cierto estado de ataraxia, y, por el contrario, el agua como elemento de las grandes tensiones de la vida.

Es el caso de Discordia, una pieza realizada con acrílico y tinta china que pertenece a la serie Mínimum ínsula. Observamos a dos personajes de espaldas, enfrentados y sin intención de encuentro, en un espacio ínfimo rodeado por un agua embravecida.

¿Es posible la conciliación? Se trata, nos cuenta Pórtera, del momento previo a una hecatombe. La armonía, a veces, salta por los aires. Su obra nace casi siempre de reinterpretar su día a día. Esta pintura no es una excepción.

-Tuve un desacuerdo de enormes dimensiones que me sirvió de revulsivo para luego poder plasmarlo en el papel.

Intimidad y contemplación son dos conceptos fundamentales en su pintura. Y el caminar junto al mar. La horizontalidad

El mar ha ido fundiendo la coraza de la creadora, en constante búsqueda, hasta que aparecen "las luces húmedas" y las brumas abiertas de par en par. Muchos de sus personajes son seres solitarios, en actitud reflexiva, en ese momento preciso y "mágico" de conexión con algo que se les escapa, bañados por la extraordinaria fuerza de la luz del Mediterráneo.

La técnica mixta es también la base de Arenas blancas, una obra que nace después de que la pintora visite por primera vez la isla de Cerdeña. Allí se encuentra con el invierno, en la playa de Stintino, donde parece que el mar y la arena juegan a un espectáculo de simetrías. El protagonista de la tela siento un suspiro. Todo se ordena.

'Divide et impera', de Gina Pórtera

Gina Pórtera | Foto: Joan Buch

del cielo y la arena le han ayudado a silenciar lo que ella misma define como "ruidos innecesarios".

-Ha sido un viaje precioso al encuentro de mi esencia.

En esos viajes cotidianos por la playa del Maresme, el cielo, según nos cuenta, se convierte en una pantalla infinita, mientras "el mar pinta palabras". Cuando llegue al estudio no necesitará esbozos para ponerse a interpretar esas imágenes.

En sus primeras obras vemos un gran interés por la geometría, e incluso recuerda a los grabados de Subirachs. Luego, sin embargo, invierte sobre todo en la idea de atmósfera, como hacen artistas como Hopper.

-Cuando realizaba composiciones basadas en la geometría de las formas vivía encerrada, parapetada en mi interior.

El agua no sólo es motivo e inspiración. También es materia primera en su proceso creativo. Los pigmentos discurren según el agua, que sigue a la pincelada o al gesto.

-Para pintar mar hay que sentirse mar. El poeta utiliza palabras y tinta, yo agua y pigmentos.

Hemos dicho que últimamente trabaja la escultura. Hay allí, también, la necesidad de construir cuerpos desde la luz. No es casualidad que las técnicas que utiliza para la escultura sean, a la vez, técnicas donde siempre interviene el agua como mediador. Sea en su evaporación o en el proceso de secado.

En sus muchos paseos por las playas ha encontrado "tesoros preciosos que me ha regalado el mar". De esas conchas, nácares, piedras, e incluso de los cristales de botellas tiradas, nace su otra pasión: la joyería. Es una manera, según la creadora, de devolver la belleza al agua.

Pero si la obra de Gina Pórtera consigue trasmitir algo con absoluta precisión es el silencio y el asombro. Se trata de suprimir, simplificar, reducir al máximo lo que exista de ornamento. Sus pinturas no son piezas cerradas en su significado. El enigma cubre la tela sin necesidad de barroquismos. Un perfil o una silueta son herramientas para compartir interrogantes, sueños, anhelos, dudas. Siempre "en la pantalla del cielo". Es el diálogo ante algo que no podemos ni enumerar ni domesticar.

-El enigma aparece en ese instante, ese momento vertiginoso donde la vida te exige una gran honestidad contigo mismo.

'Discordia', de Gina Pórtera

NOVIEMBRE

La atracción fatal de las gotas

Julio Cortázar publica en 1962, en la editorial Minotauro, Historias de cronopios y de famas. Se trata de un libro de relatos breves donde el argentino muestra su concepción de la literatura como un artefacto tanto lúdico como preciso. En ese volumen encontramos cuentos inolvidables, como Instrucciones para subir las escaleras, Los posatigres o Aplastamiento de las gotas.

El autor de Rayuela nos explica a través de ese brevísimo texto, y con tan sólo unas pocas líneas, un fenómeno misterioso que siempre consigue atrapar nuestra atención: cómo actúan las gotas que han topado con una ventana en un día de lluvia.

¿Por qué nos quedamos embobados mirándolas?

Para entender mejor la minuciosidad del relato, y si se corresponde con la narración que nos proporciona la ciencia, leemos de nuevo el texto junto al ingeniero Carlos A. Talvy, quien dedicó su tesis doctoral al comportamiento de las burbujas.

-Una burbuja y una gota son dos caras de una misma moneda. Funcionan a través de lo que llamamos sistema bifásico. -nos aclara.

En el caso de la burbuja es aire envuelto en agua, en el caso de la gota es agua envuelta en aire.

-Cuando están juntas, las moléculas buscan seguir estando juntas. Tienden a evitar que se rompa la superficie.

Pero Cortázar, además, nos cuenta que una "gotita" se queda "temblequeando". ¿Qué provoca, físicamente, ese convulsión? El líquido, a diferencia del gas, no lo puedes comprimir. Al enfrentarse al cristal, la gota debe encontrar su propio lugar.

El relato avanza para contarnos que "el cielo la triza en mil brillos apagados" ¿De qué manera se comporta la luz en ese proceso?

-Pasa un poco como en el arcoíris. En este caso la explicación la encontramos en el denominado fenómeno de difracción.

Y es que luz atraviesa las gotas y, en función de la frecuencia, ofrece un resultado u otro. Cortázar, sin alargar su texto con adjetivos innecesarios, aumenta la incertidumbre: "Ya va a caer y no se cae, todavía no se cae. Está prendida con todas las uñas". ¿Podemos hablar de resistencia?

| Foto: Pexels

Cortázar habla de goterones "cuajados y duros". ¿Cómo llegan a solidificarse así? A. Talvy nos dice que el líquido posee un parámetro de dureza, que tiene que ver con su contenido químico. Pero insistirá durante toda la conversación en que el concepto más importante es el de tensión superficial. Es la capacidad que tiene el líquido para mantener su estructura de equilibrio. O como algunos lo llaman: la piel del agua.

El escritor argentino sigue relatando que las gotas "se aplastan como bofetadas", unas detrás de otras. ¿Cómo ocurre esa atracción? La cinética de un cuerpo es la energía que posee gracias al movimiento y la aceleración.

Julio Cortázar | Wikipedia

La atracción fatal de las gotas | Albert Lladó

Una mujer observa la lluvia desde su ventana | Foto: Pexels

-Sin duda, buscan su propia defensa. –sostiene A. Talvy.

Podemos hablar de resistencia, sí, porque, de hecho, las gotas son conservadoras por naturaleza.

El argentino no se detiene. Ahora nos describe cómo a la gota "le crece la barriga" ¿Cómo se produce ese crecimiento? Cuando la cohesión entre las moléculas de un líquido es más potente que la adhesión, la tensión superficial hace que el líquido descienda...

Cortázar sigue observando la ventana que parece llorar. "Las hay que se entregan enseguida, brotan en el marco y ahí mismo se tiran". ¿Por qué alguna se agarran más que otras? Es lo que se conoce como capilaridad. Decimos que un líquido "moja" cuando penetra, con más intensidad, en la pared con la que se encuentra.

Vemos claramente cómo las gotas siguen el camino que han dejado otras, nos recuerda Carlos A. Talvy. Parecen hormigas que huyen.

-También es una cuestión molecular. Quieren mantener el máximo tiempo posible su forma.

Llegamos al clímax y al desenlace. "De pronto zup, ahí va, plaf", leemos. ¿La caída es simplemente el efecto de la gravedad? La gota cambia su apariencia y se hace más aerodinámica. Ahora es como una lágrima. Hasta que no aguanta más.

"Deshecha, nada, una viscosidad en el mármol..." ¿Y qué pasa con sus moléculas tras el impacto? La termodinámica nos advierte que la energía, en realidad, no desaparece, se trasforma.

-Al chocar contra la superficie, se desestructura la molécula, sus fuerzas de atracción. –aclara el ingeniero.

Las gotas no se han rendido del todo. Intentarán reorganizarse. En función de la rugosidad del terreno, y de la proximidad de las partes que se han dividido por el impacto, podrán o no juntarse de nuevo.

Cortázar, por si acaso, se despide: "Tristes gotas, redondas inocentes gotas. Adiós gotas. Adiós."

DICIEMBRE

Caminar el invierno

Hay toda una filosofía del caminar. El caminar nos descodifica, burla el autómata en el que todos, de una manera u otra, nos hemos convertido. Hay que perderse, deshacer rutas establecidas, para que la intemperie nos explique su propio relato. Parece que el invierno sea el territorio más inhóspito para ello y, sin embargo, es allí donde la Naturaleza se expresa sin adornos, disparando directamente a un lugar que habíamos olvidado. Eso es lo que Henry David Thoreau (Massachusetts, 1817-1862), el gran "inspector de ventiscas y diluvios", descubre cuando, en 1845, se refugia durante dos años en una cabaña perdida en el bosque. Nacerá de esa experiencia su libro más recordado, Walden, pero Errata Naturae recuperó dos bellos textos menos conocidos, Un paseo invernal y Caminar, que nos invitan a ese cruce en el que la literatura y agua se encuentran de nuevo.

Ilustración de David Sánchez | Errata Naturae

Thoreau es, sin duda, uno de los grandes pioneros de la ética ambientalista. En su obra la ecología no es una pancarta ni un emblema, sino una forma de reconexión con las esencias y, por lo tanto, con el propio lenguaje. La pregunta que nos hace es, pues, fundacional:

-¿Dónde está la literatura que da lenguaje a la Naturaleza? Sería obra de un poeta capaz de poner vientos y arroyos a su servicio, de hacerlos hablar para él; capaz de fijar las palabras a su sentido primitivo.

Es un lenguaje, nos dirá, capaz de excavar las palabras y de "trasplantarlas a su página con la tierra adherida aún a las raíces", palabras verdaderas, "frescas". Caminar el frío es caminar hacia la primavera, sobre todo espiritual, que está por llegar. La intemperie se convierte, entonces, en un lugar de búsqueda y reencuentro, donde escuchar de otro modo el latido de la existencia. El escritor y pensador considera que el ser humano es el complemento de las estaciones, y durante el invierno aloja el verano en su corazón.

-En la naturaleza hay un fuego subterráneo y somnoliento que nunca se extingue. –apunta en su ensayo.

La corriente de un río, para Thoreau, es el sendero para aquellos que se buscan a sí mismos. Por eso, insistirá en que, aunque el invierno está representado en el almanaque como un anciano que arrastra su capa frente al viento y el granizo, "deberíamos imaginarlo más bien como un alegre leñador, joven y de sangre caliente".

Es la nieve y las bajas temperaturas las que, paradójicamente, nos recuerdan que también hay un refugio cálido en nuestro interior. Caminar no es fuga. Uno camina como respira. El cuerpo se hace consciente de sus pulsaciones, y la mente vuelve a convertirse en mirada. No hay destino sino distancia. No hay camino, ya nos decía Machado, se hace camino al andar.

Lo salvaje no es una visión utópica de lo que pudo haber sido y nunca será. Thoreau, que siempre se opuso al autoritarismo, observa otras jerarquías. La belleza no es un ideal impuesto, sino esa literatura del agua y la naturaleza que no necesita ni vallas ni muros de contención. El párrafo brota. La metáfora es constatación más que artificio. El jardín nunca podrá ser un bosque porque se nota demasiado su domesticación.

-Cuando quiero relajarme, busco el bosque más oscuro, o el pantano que, a ojos de mis conciudadanos, resulta más impenetrable y lúgubre. Camino por allí como por un lugar sagrado, un sancta sanctorum. El bosque intocado recubre el mantillo y una misma tierra es buena para el hombre y para los árboles.

Bosques y pantanos que no son un monumento, sino una invitación al diálogo propio. Thoreau sabe que detrás del frío hay un sol, un despertar, una luz, concluye, como la que vemos en la otra orilla del río. Una palabra nuestra, de nadie, de todos. Una palabra, sin dueño, que camina el invierno.

Ilustración de David Sánchez | Errata Naturae

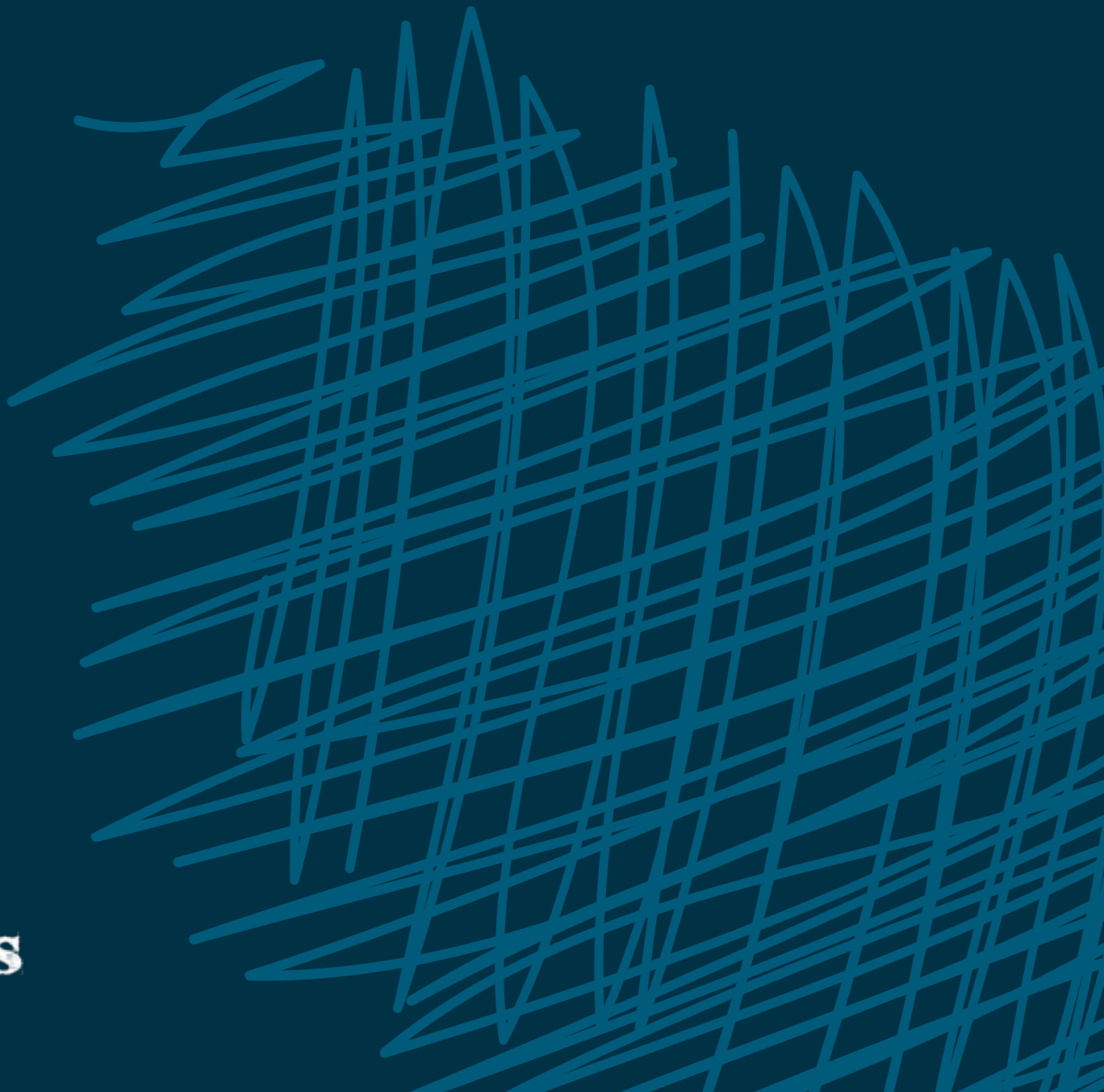
Albert Lladó

Albert Lladó (Barcelona, 1980) es licenciado en Filosofía (UB), posgrado en Periodismo de Proximidad (UAB) y máster en Estudios Comparados de Literatura, Arte y Pensamiento (UPF). Se ha formado en Dramaturgia en el Obrador (Sala Beckett) y en el Seminario Internacional Panorama Sur (Buenos Aires). Ha publicado los libros de relatos 'Podemos estar contentos' y 'Cronopios propios', el ensayo 'Encuentros fortuitos', la recopilación de entrevistas 'Paraules', el libro de aforismos 'La realidad es otra', la novela 'La puerta', y el dietario 'La fábrica'. El Teatre Nacional de Catalunya programó, en 2015, su primera obra de teatro como dramaturgo, 'La mancha'. Es director académico de la Escuela de Periodismo Cultural y profesor del posgrado internacional 'Escrituras'. Ha sido el coordinador de la sección de Cultura de 'LaVanguardia.com' durante seis años (2010-2016). En la actualidad, escribe en la edición impresa de 'La Vanguardia' y en el suplemento 'Cultura/s', y es editor de 'Revista de Letras'.

AQUAE FUNDACION

Juan Vico

Licenciado en Comunicación Audiovisual y máster en Teoría de la Literatura. Ha colaborado con diversos medios de comunicación y ha sido redactor jefe de la revista literaria Quimera. Es autor de las novelas Hobo (La Isla de Siltolá, 2012) y El teatro de la luz (Gadir, 2013), con la que obtuvo el Premio Fundación MonteLeón. Su primer libro de relatos, El Claustro Rojo (Sloper, 2014), le valió el Premio Café 1916. Ha publicado también tres libros de poesía: Víspera de ayer (Pre-Textos, 2005), Still Life (UAB, 2011) y La balada de Molly Sinclair (Origami, 2014). Su nueva novela, Los bosques imantados, fue editada por Seix Barral en 2016.



| 2016

Revista de Letras